

hacia una nueva pedagogía de la fe

REFLEXIONES BASADAS EN EL DIRECTORIO GENERAL DE PASTORAL CATEQUETICA

Indudablemente en cada época ha imperado un estilo pedagógico, producto unas veces de un quehacer transmitido por tradición y otras como resultado de teorías filosóficas de cada momento histórico.

En determinados momentos históricos, por falta de libros impresos, la enseñanza era —tenía que ser— predominantemente memorística. Después de la aparición de la imprenta se ofrecen nuevas posibilidades a la enseñanza, pero sin embargo, los métodos pedagógicos en boga son generalmente deductivos y nada experimentales.

Hay que esperar la entrada del siglo XX para ver aparecer la concreción de los métodos activos, semilla que había sido depositada hacía veinticuatro siglos y desde entonces venía germinando. Irrumpe en el siglo XX el fenómeno conocido en la Historia de la Pedagogía con el nombre de "Escuela Nueva", "Escuela Activa".

La pedagogía de la fe, lo que hay de humano en la transmisión del contenido de la revelación, ha seguido un itinerario paralelo a la pedagogía utilizada para la trans-

misión de otros saberes. Por eso no es de extrañar el nuevo enfoque de la pedagogía de la fe.

METODO CATEQUISTICO

En los tratados de Didáctica se habla de métodos deductivos, inductivos, sintéticos, analíticos y también de métodos catequísticos. Este es el método utilizado precisamente en la transmisión del contenido de la fe. Los catecismos, concebidos en forma de preguntas y respuestas, debían memorizarse literalmente para retener con fidelidad las verdades dogmáticas. Pero hay que reconocer que no siempre eran verdades dogmáticas las afirmaciones que se incluían en los catecismos, sino simplemente opiniones de teólogos.

El estilo de los catecismos es conciso, lapidario, filosófico. Con bastante frecuencia las definiciones estaban tomadas de las tesis de la teología escolástica. El catecismo era una miniteología. Los autores de los catecismos ignoraban —al igual que los autores de los tratados de gramática, historia u otras disciplinas— que el niño y el adolescente tienen maneras de pensar no sólo cuantitativa sino cualitativamente distintas de los adultos. Y esta afirmación no es un reproche

a los teólogos que hicieron catecismos, sino una simple constatación histórica: los estudios de psicología infantil comenzaron prácticamente a principios del siglo XX. Fue en 1905 cuando los doctores Binet y Simón publicaron la "Escala métrica para la medida de la inteligencia". A partir de entonces se empieza a estudiar con cierto fundamento científico la aparición y el desarrollo de la inteligencia del niño. No es, pues, de extrañar que los catecismos, aparecidos al final del siglo XVI, no hayan tenido en cuenta estos datos psicológicos.

TEOLOGIA Y CATEQUESIS

Además del problema metodológico conviene clarificar los objetivos de la catequesis; la determinación de objetivos nos llevará de la mano a la revisión de los contenidos.

Para ello nos vamos a apoyar en un documento emanado de la Santa Sede y por tanto con carácter oficial. En enero de 1973 ha aparecido la traducción castellana del "Directorium catechisticum generale", aprobado por Pablo VI el 11 de abril de 1971, con el título de *Directorio General de Pastoral Catequética*, (1).

En el Directorio aparece una distinción fecunda en aplicaciones, cuando en el capítulo segundo (número 17), dedicado al ministerio de la palabra en la Iglesia, establece la distinción entre las distintas formas de este ministerio: forma llamada evangelización o predicación misionera, forma catequética, forma litúrgica (homilía) y forma teológica.

La forma catequética —afirma el Directorio, tomándolo del Conci-

lio— tiende a que la fe, ilustrada por la doctrina, se haga viva, explícita y activa en los hombres; la forma teológica consiste en la exposición sistemática y la investigación científica de las verdades de la fe.

El Directorio reconoce que estas distintas formas están estrechamente unidas entre sí, pero al mismo tiempo afirma que "tiene importancia la distinción de estas formas que *se rigen por leyes propias*" (núm. 17).

A la luz de estas reflexiones podemos preguntarnos: ¿los catecismos del estilo Astete y Ripalda están más cerca de la forma catequética o de la forma teológica?

HACIA NUEVAS FORMULACIONES CATEQUISTICAS

Se impone, pues, una revisión del contenido de la catequesis. El Directorio, al establecer esa neta distinción entre las distintas formas del ministerio de la palabra en la Iglesia, nos muestra claramente que el contenido de la catequesis no debe ser el clásico catecismo, con sus fórmulas teológicas densas ni los resúmenes de teología que se han usado en los libros de texto del bachillerato.

El citado documento de la Congregación del Clero nos brinda unos criterios para el cambio de estilo en el quehacer catequético. La necesidad de cambiar, de renovar, es tal vez una de las ideas más repetidas a lo largo del Directorio. Veamos algunas citas:

"El ministerio de la palabra no es una mera repetición de la doctrina del pasado, sino su reproducción fiel con una adaptación a problemas nuevos y una creciente inteligencia de ella) (núm. 13).

"La catequesis, por consiguiente, debe transmitir la palabra de Dios tal como la Iglesia la propone en el lenguaje de los hombres a quie-

Editado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Educación Religiosa. Madrid 1973.

nes se dirige. Cuando Dios se reveló al género humano plasmó su palabra en palabra humana, expresándola en un lenguaje que pertenecía a una cultura particular. La Iglesia se esfuerza hasta la consumación de los siglos en transmitir de manera viva, explicar e interpretar a pueblos de cualquier cultura y a hombres de toda condición, el depósito de la revelación, que Cristo le confió" (núm. 32).

"La misión de la catequesis no puede quedar restringida a la repetición de fórmulas tradicionales, sino que pide que estas mismas fórmulas sean comprendidas y, donde sea preciso, incluso expresadas fielmente de otras maneras, con un lenguaje acomodado a la capacidad de los oyentes. Este lenguaje, sin embargo, será diferente según la diversidad de edades, condiciones sociales de los hombres, culturas humanas y formas de civilización" (núm. 34).

"Es tarea suprema y absolutamente necesaria del ministerio profético de la Iglesia hacer inteligible el contenido de este mensaje a los hombres de todos los tiempos, para que se convieran a Dios por Cristo..." (núm. 37).

"De preferencia hay que escoger aquellas fórmulas que, expresando fielmente la verdad de la fe, se acomodan a la capacidad de los oyentes" (núm. 73).

"Procúrese absolutamente que los misterios de la fe, que los fieles adultos han de creer, estén ya señalados en los programas para los catecismos de niños y adolescentes de una manera adaptada a su edad" (núm. 118).

En otras muchas ocasiones, como veremos posteriormente al tratar de la creatividad en la catequesis, se nos invita a la actualización del contenido de la catequesis.

HACIA NUEVOS METODOS EN CATEQUESIS

Además de buscar nuevas formulaciones, más inteligibles al hombre de hoy, es necesario cambiar el método catequístico. Si durante algún tiempo se ha podido ignorar los avances de las ciencias pedagógicas y se ha permanecido al margen de los mismos, sin incorporar a la tarea catequética las aportaciones de la Pedagogía, hoy esa postura es insostenible. El Directorio acepta el hecho con estas palabras: En nuestro siglo los catequistas han investigado profundamente las cuestiones de metodología propuestas por las ciencias psicológicas, didácticas y pedagógicas. En efecto, se han hecho estudios sobre el método a seguir en la enseñanza del catecismo; se ha indicado el papel de los métodos activos en la transmisión de la catequesis; se ha investigado el acto de la catequesis en todos sus aspectos, de acuerdo con las leyes que rigen el arte del aprendizaje (experiencia, imaginación, memoria, inteligencia); finalmente, se ha elaborado una metodología diferente, por edades, condiciones sociales y grado de madurez psíquica de los catequizandos" (núm. 70).

No es temerario afirmar que el método generalmente empleado en catequesis además de memorístico ha sido deductivo. El Directorio afirma sin ambages que "el llamado método inductivo ofrece grandes ventajas" (núm. 72). No se trata de partir de definiciones que se explican posteriormente sacando aplicaciones prácticas, sino que se parte de la vida. Este método, nos dice el Directorio, consiste en la presentación de los hechos (acontecimientos bíblicos, actos litúrgicos, la vida de la Iglesia y la *vida cotidiana*), considerándolos y examinándolos atentamente a fin de descubrir en ellos el significado

que pueden tener en el misterio cristiano. Este método es conforme con la economía de la revelación, corresponde además a una de las más profundas instancias del espíritu humano, que es la de llegar al conocimiento de las cosas inteligibles por las cosas visibles; y es conforme también con la característica propia del conocimiento de fe, que es conocimiento por medio de signos" (núm. 72).

HACIA UNA CATEQUESIS ILUMINADORA DE LA VIDA

Si a partir sobre todo de los escritos de Jungmann se pasó de una catequesis doctrinal a una catequesis kerigmática, ahora las directrices vaticanas nos invitan a entrar decididamente en una catequesis de la iluminación o interpretación de nuestra experiencia.

A este propósito el Directorio puede ser más explícito: "La experiencia hace nacer intereses e interrogantes, esperanzas y ansiedades, reflexiones y juicios que confluyen en un cierto deseo de dirigir la conducta humana. Por esto, la catequesis debe preocuparse por orientar la atención de los hombres hacia sus experiencias de mayor importancia, tanto personales como sociales; e igualmente es tarea suya plantear a la luz del Evangelio los interrogantes que surgen de tales situaciones, de manera que se estimule en los mismos hombres un justo deseo de transformar la propia conducta. Por esta razón, la experiencia también logra que el hombre se comporte de una manera activa frente al don de Dios. La experiencia puede favorecer la inteligibilidad del mensaje cristiano... Así resulta que la experiencia sirve para explorar y asimilar las verdades contenidas en el depósito de la revelación. La experiencia, considerada en sí misma, debe ser ilumi-

nada por la luz de la revelación. La catequesis debe ayudar a los hombres a explorar, interpretar y juzgar sus experiencias y también a dar un sentido cristiano a su propia existencia, recordando la acción de Dios que obra nuestra salvación. Bajo este aspecto la experiencia se presenta como un objeto que el catequista debe interpretar e iluminar. Esta tarea, que no carece de dificultades, no puede ser descuidada" (núm. 85).

También en el capítulo primero de la segunda parte, el Directorio afirma: "El ministerio de la palabra no sólo recuerda la revelación de las maravillas de Dios hechas en el pasado y llevadas a su perfección en Cristo, sino que, al mismo tiempo, interpreta, a la luz de esta revelación, la vida de los hombres de nuestra época, los signos de los tiempos y las realidades de este mundo, ya que en ellos se realiza el designio de Dios para la salvación de los hombres" (número 11).

En otras muchas ocasiones se nos viene a insistir en la importancia de una catequesis iluminadora de la experiencia humana. He aquí algunas citas: "Tengan siempre muy presente los pastores el deber que les incumbe de asegurar y promover la iluminación de la existencia cristiana mediante la palabra de Dios en todas las edades de la vida y en todas las circunstancias históricas, de tal manera que cualquier individuo o comunidad puede ser alcanzado en el estado espiritual en que se encuentre" (núm. 20).

"Para cualquier hombre, cuyo espíritu esté abierto al anuncio del Evangelio, la catequesis es el medio particularmente apto para comprender el designio de Dios en su propia vida y para discernir el sentido último de la existencia y de la historia, de manera que la vida de cada hombre y de la socie-

dad sea iluminada por la luz del Reino de Dios, obedezca a sus exigencias, y el misterio de la Iglesia pueda ser conocido como comunidad de aquéllos que creen en el Evangelio" (núm. 21).

"Por consiguiente, pertenece a la catequesis destacar esta tarea, enseñando a los fieles a interpretar las realidades humanas, sobre todo los signos de los tiempos, de tal manera que todos logren examinar e interpretar todo con íntegro criterio cristiano" (núm. 26).

HACIA UNA PARTICIPACION MAS ACTIVA DEL CATEQUIZANDO

Los métodos magisteriales que han imperado —e imperan— no sólo en la catequesis sino en toda la enseñanza, llevan a la pasividad del alumno, que se sitúa en postura receptiva, de simple escucha y asimilación de los transmitido.

Si hoy se postula un tipo de enseñanza activa para todos los ámbitos docentes, mucho más ha de serlo para la catequesis "que tiende a que la fe, ilustrada por la doctrina, se haga viva, explícita y activa en los hombres" (CD 14).

Transcribiendo íntegramente el núm. 75 del Directorio nos evitaremos todo comentario: "Toda enseñanza y toda verdadera comunicación humana requieren, en primer lugar, que se haga posible y se suscite una actividad interior en aquél a quien se dirigen. En la catequesis, por tanto, se debe suscitar la actividad de la fe (también de la esperanza y de la caridad); puesto que la rectitud y capacidad de juicio que una enseñanza activa debe suscitar, están aquí al servicio de la acogida de la Palabra de Dios. La confianza que inspira la educación activa nunca debe hacernos olvidar que el acto de fe incluye necesariamente la conversión de la persona. Supuesto esto, es claro

que la dimensión activa de la catequesis está en plena conformidad con la economía de la revelación y de la salvación. Una pedagogía que favorece una respuesta activa de los catequizandos es conforme al esado ordinario de la vida cristiana, en la cual los fieles responden activamente al don de Dios por medio de la oración, de la participación de los sacramentos y de la sagrada Liturgia, por el compromiso eclesial y social y por el ejercicio de la caridad".

Y en otro lugar añade: "Teniendo esto en cuenta, la pedagogía catequética, sea cual sea el método que siga, debe suscitar la actividad de los niños. Si en eso falla, la catequesis no podrá cumplir su tarea de educar al creyente para responder de una manera cada vez más personal a la palabra y al don de Dios. Que tal pedagogía activa no se quede sólo en expresiones externas, por útiles que sean, sino que intente suscitar la respuesta del corazón y al gusto de la oración. Ahora bien, esta educación interior se hace difícil, pero también más necesaria, dada la índole de la civilización actual, que favorece la dispersión" (núm. 79).

HACIA UNA CATEQUESIS MAS CREADORA

Hemos insistido en que una característica del "método catequístico" era la repetición literal del texto. En el momento pedagógico actual se está insistiendo muchísimo en la "creatividad". No ha escapado a los catequistas más sensibles esta nueva dimensión de la educación en este mundo tan cambiante, y la reflexión de muchos catequistas se centra en la actualidad en torno a creatividad en la catequesis.

La creatividad debe ejercerla el teólogo y el catequista y también

el catequizando. A planteamientos nuevos, soluciones nuevas.

El Directorio nos ofrece unas pistas que tal vez si se tratara de afirmaciones de un autor privado podrían ser fácilmente discutidas.

Una formulación monolítica y uniforme iría en contra de la diversidad de culturas. El Directorio reconoce que "no faltan fieles dotados de una excelente educación cristiana, que encuentran dificultades ante un modo de expresarse sobre la fe que juzgan demasiado sujeto a fórmulas antiguas y caídas en desuso o demasiado ligado a la cultura occidental. Ellos mismos, por consiguiente, buscan una nueva manera de expresar las verdades religiosas en armonía con la actual situación humana y que permita a la fe derramar su luz en las realidades que hoy apremian a los hombres, y al evangelio poder ser traducido a las diversas culturas. Ciertamente es deber de la Iglesia examinar con la mayor consideración esta aspiración de los hombres" (núm. 8).

El catequista debe respetar la creatividad: "hoy se espera mucho del talento y del auténtico espíritu cristiano del catequista, al mismo tiempo que se le urge a respetar al máximo la libertad y la "creatividad" de los catequizandos" (número 71).

Y no sólo respetar, sino fomentar: "Los catequizandos, sobre todo cuando son adultos, pueden contribuir activamente al desarrollo de la catequesis. Por eso preguntéles cómo han entendido el mensaje cristiano y de qué manera podrían expresarlo con sus propias palabras. Compárese luego el resultado de esta búsqueda con lo que enseña el Magisterio eclesialístico y reténgase sólo lo que es conforme a la fe. De esta manera se podrán encontrar medios válidos para transmitir en una eficaz expo-

sición el único y verdadero mensaje cristiano" (núm. 75).

HACIA UNA CATEQUESIS EN GRUPO

Los estudios sobre la dinámica de grupos nos hacen descubrir los valores del aprendizaje en equipo. El catequista no puede ignorar todo lo que pueda ayudar a transmitir, asimilar y vivenciar el mensaje cristiano.

El Directorio se ha hecho eco de esta corriente metodológica que implica un cambio de actitud: se trata de pasar de una actividad magisterial a la actitud de búsqueda en común. Esta actitud exige una gran humildad y un gran respeto al ritmo de crecimiento de los catequizandos.

Con frecuencia —y esta ha sido igualmente la dominante de toda la educación— el que enseña tenía la última palabra además de la primera. A veces se daban soluciones uniformes olvidando la pluralidad de situaciones. Las breves reflexiones que en torno a esta idea nos ofrece el núm. 76 del Directorio no pueden ser más explícitas. Helas aquí: "La importancia del grupo crece cada vez más en catequesis. En la catequesis de niños, el grupo tiene la función de favorecer su educación para la vida social, trátense de niños que siguen juntos las lecciones de catecismo o de aquéllos que, reunidos en pequeño número, se dedican a algunas actividades. Para los adolescentes y los jóvenes el grupo debe considerarse como una necesidad vital. En el grupo jóvenes y adolescentes se conocen, sostienen y estimulan. Tratándose de adultos, el grupo puede ser considerado hoy como la condición de una catequesis que se proponga fomentar el sentido de la corresponsabilidad. En los grupos que se componen de adolescentes o de adultos, la cate-

quisis asume entonces las características propias de una investigación común.

Esta investigación común consiste en explorar las relaciones y los vínculos que se dan entre el contenido del mensaje cristiano, que es siempre norma de fe y de acción, y las experiencias del grupo. El catequista debe tomar parte en la investigación común, pero de una manera tal que tenga en el grupo un puesto particular. En efecto, se comporta, en nombre de la Iglesia como testigo del mensaje cristiano, que está a su servicio, comunica con ellos los frutos de su fe madura y ordena con inteligencia la investigación común con vistas al fin que hay que alcanzar. Este papel de testigo del mensaje no implica necesariamente que el catequista actúe como dirigente del grupo. El grupo, que en el desempeño de su tarea alcanza un buen nivel de funcionamiento, puede ofrecer a sus miembros no solamente ocasión de formación religiosa, sino también una magnífica experiencia de vida eclesial. La catequesis llevada a cabo de esta manera podrá mostrar a los jóvenes que la Iglesia de ningún modo es algo extrínseco a su existencia, sino más bien una gran realidad de la que todos somos responsables, cada uno según su vocación y su ministerio" (núm. 76).

LA FE ES UN DON DE DIOS

Si deseamos una renovación en la pedagogía de la fe no por eso

creemos que el acto de fe es el resultado de unos buenos métodos. El Directorio nos recuerda constantemente lo que sabemos por la teología: "la fe es la aceptación y fructificación del don divino en nosotros" (núm. 10); "la fe es respuesta a la Palabra de Dios" (número 15); "la fe es un don de Dios, que provoca la conversión del hombre" (núm. 22).

Sin embargo, en la transmisión del contenido de la fe hay también un elemento humano que debemos cuidar: "En la catequesis la palabra divina se hace presente mediante la palabra humana. Pero la catequesis debe expresar con fidelidad y presentar de forma adecuada la palabra de Dios, para que fructifique en el hombre y produzca en él las mociones interiores que eliminan la indiferencia o la incertidumbre y le induzcan a abrazar la fe" (núm. 32).

Ahora bien, con el Directorio afirmamos también que por encima de la actividad del catequista está la presencia del Espíritu en los bautizados: "A los catequistas atañe elegir y crear las condiciones oportunas, necesarias para que el mensaje cristiano sea buscado, acogido y seriamente profundizado. Hasta aquí llega la acción de los catequistas y aquí se detiene; pues la adhesión de los catequizandos, fruto de la gracia y de la libertad, no depende en última instancia del catequista; y por consiguiente, es necesario que la oración acompañe la acción catequética" (núm. 71)